

CANTO X.

Es media noche: en fúnebre silencio
Yace dormida la imperial señora,
Tenochtitlan!... entre los hondos pliegues
Del negro pabellon que la corona.

Flotando en el espejo de las aguas,
Envuelta en el perfume de amapolas,
Lirios, mosquetas y jazmines albos,
Juncos purpúreos y adormidas rosas,

Parecía el cadáver de sí misma,
De la reina del lago; la matrona
Que brotó de sus aguas:—como Vénus
De la espuma del mar, sobre las olas,

Bogando al muelle empuje de la brisa
Que se estrellaba tímida en su concha,
Cual si, discreta, interrumpir temiese
El dulce sueño de la linda diosa.

Mas ah!.... que Vénus yace entre los brazos
De Morfeo feliz que la enamora,
La seduce con sueños de ventura,
Imágenes que halagan á la hermosa!....

Y la infeliz Tenochtitlan fluctúa
En realidad cadáver, como flota
El de beldad que enfurecido océano
Traga, asfixia, y exánime la brota.

=De vez en cuando súbitos los lampos,
De luz siniestra el túmulo coloran;
De vez en cuando desaparece el túmulo,
Porque los pliegues del crespon se doblan.

Completa es la quietud; ni aun en los álamos
Temblar osaran las inquietas hojas....
El mismo buho, el cárabo nictálope,
Fantástico monarca de las sombras,

No se atrevía á levantar el vuelo
Ni á alzar el canto que en la noche entona,
Y abatidas las alas, se ocultaba
Trémulo, en sus ruinas tenebrosas.

Empero, hay alguien que ese vago espíritu,
Ese hondo caos de tinieblas lóbregas,
Esas regiones del silencio, hiende,
Recatando la planta misteriosa;

Repito, alguien que la sombra liendia
Lentas llevando las pisadas sordas,
Que, cual pisadas que el silencio diera,
Bajo el pié mismo que las da, se ahogan,

Son las huestes hispanas, que deslízanse
En pos la una de la hueste otra,
Como fantasmas que la mente finge
Cruzando en medio de la noche umbrosa.

Delante van los tlaxcaltecas viles
Llevando en hombros fábrica onerosa,
Portátil puente que en los anchos fosos
Debe dar paso á las hispanas tropas.⁶⁵

Aquestas siguen, el botin llevando
Como infame gavilla salteadora,
Cada bandido bajo el peso enorme
Del oro en planchas que su fuerza agobia.

Algunos, menos torpes, se apropiaron
La inmensa pedrería y ricas joyas,
Todo extraído del salon do estaban
Los tesoros sin fin de Moteuczoma.⁶⁶

Se escojiera, por ser la mas propincua,
La dilatada calle de Tlacopan,
Prolongada en la húmeda calzada
Que tres canales anchurosos cortan.

Es la marcha feliz, triunfa el astrólogo!
Las enemigas huestes á la hora,
Cándidas! bajo el ala de los sueños,
Que acarician sus sienes con coronas

De adormideras dulces y beleños,
Yacen soñando imágenes de gloria....
Exterminado el pérfido enemigo,
En sueños de placer por la victoria.

Empero, hay alguien entre algunos tímidos,
Que ve cruzando las espesas sombras,
Otras sombras inquietas, mas oscuras,
Que, fugitivas, las primeras cortan.

Aquestos el aliento contenían
A cada vez, que por desgracia chocan
Los aceros sedientos de matanzas....
O que crujen las plantas sonoras

De los corceles bélicos, y arrancan
Chispas brillantes de las tersas losas:
O se estremecen porque el suelo treme
Bajo los broncees, que pesados rolan.

Tiemblan aquellos tristes de que el hálito
El rumor aumentase, que provoca
El infernal espíritu, si el fuego
De las venganzas, implacable sopla.
.....

=Ah!... dentro el pecho hay algo de divino:
Es allí el santuario donde mora
El arcángel purísimo que guía
Al mortal por la senda tortuosa

De esta existencia de dolor y lágrimas,
De este sueño de llanto y de congojas,
De este sufrir á que llamamos vida,
De esta agonía que placer se nombra.

Y este arcángel, su amigo fidelísimo,
Esta del alma perennal antorcha
Avisaba á los réprobos sacrílegos,
¡Que iba á dar la señalada hora!

De deshacerse el quebradizo barro
Tornando el limo al cieno do se forma,
De presentarse al tribunal do cae
La careta mentida del hipócrita!....

He ahí el momento!—El ponderoso puente
Salva un canal, y apenas le corona,
Cuando del seno de las negras nieblas
A millaradas los guerreros brotan.

Los hispanos esquivan la refriega,
Y el puente cruje al peso que soporta:
Trenes, caballos, fámulos é infantes,
Carros, cañones, armamento, joyas.

Entre tanto silbaban las saetas
O las guijas lanzadas con las hondas,
Poblándose en momentos la laguna
De líneas infinitas de canoas.

Limitada doquiera la calzada
Por el agua enemiga que la borda,
Cortés y sus falanges resolvieron
Morir sobre los lauros de la gloria.

Y la mitad que traspusiera el puente,
Con la mitad que ni pisarle logra,
A un tiempo claman: "De una vez muramos,"
Con terrífica voz, atronadora.

Y despidiendo rayos los mosquetes,
Sobre las masas bélicas detonan;
Los corceles intrépidos se lanzan,
E ígneo el bronce, al fulminar rimbomba.

En tanto las centellas culebrean
Del firmamento en la pesada bóveda,
Que á veces es, la bóveda de fuego,
A veces es, la bóveda de sombras.

Al derramarse el ígneo torbellino
Que al cielo y tierra con su luz sonrosa,
Se desgajan las nubes, que revientan,
Los torrentes vertiendo que soportan.

De mexicanos las guerreras masas
De momento á momento se redoblan,
Y al resonar el atambor sagrado,
Del templo allá en la excelsa plataforma,

Tenochtitlán entera se levanta....
¡Los tutelares númenes la evocan!
Y las armas empuña, el hombre, el niño,
La muger, el anciano que se encorva.

Y cual lava volcánica, encendida,
Se lanzan á la lid, do la victoria
Es un problema aún, porque en los bandos
Es igual el furor, igual la gloria.

Chocábanse las masas y macuáhuítl
Con las lanzas, y espadas tronchadoras
A cuyos tajos, del robusto tronco
Rodaban las cabezas sangrentosas.

Aquí un grupo de hispanos combatía
Con un azteca que la masa arbola,
Y á cada golpe que descarga el brazo,
Un enemigo ante sus plantas dobla.

Allá.... un hispano solo se defiende
De un grueso de guerreros, y su corva
Acerada cuchilla, ora se hunde
Ora mutila, descoyunta, corta.

Y mas allá, bregando con las aguas,
Del lago oscuro en las inquietas ondas,
Inermes forcejaban, un hispano
Y un azteca tenaz, que se acogotan.

Al dar el salto los aztecas ágiles
Sobre las gruesas filas españolas,
Acaso, al bote de la dura lanza
Perdiendo el equilibrio en la canoa,

Cae este al lago, cuyas aguas límpidas
A tanta sangre se tornaran rojas:
Acaso los iberos paladines,
Por una mano asidos vigorosa,

A las ávidas barcas arrastrados
Son; y de allí á las aras vengadoras
De los dioses crueles, cuyo rostro
Con ceño airado del azteca tornan.

Cortés, Olid, y Sandoval intrépidos,
Deshacen, acuchillan y destrozan;
Cuahutimoc, Tízoc y Orozimbo ardientes
Desconciertan, derrumban y sofocan.

En las hispanas filas se pelea
Por el oro, las vidas y la honra,
En las masas aztecas se defienden
Hogares, dioses, libertad y gloria.

Imponen á las masas, los mosquetes,
Roncos cañones y guerreras trompas:
Aterran á las otras, las saetas,
Gritos de guerra y mazas ponderosas.

Y elévase de entrambas al mezclarse,
Rumor de muerte: que las peñas broncas
Con hueca voz, terribles reproducen
Allá en el seno de sus grietas hondas.

Detonan las flamígeras centellas
Raudas cruzando la enlutada bóveda;
Como serpientes ágiles de fuego
Que asomasen malignas por la sombra,

A gozarse en el cuadro horripilante
Que ofrecen las matanzas espantosas;
Tornándose á arrastrar por los crespones
Una vez y otra aún; y aquesta ú otra

Ávida desprendiéndose, cayendo,
Buscando alguna víctima, anhelosa.
—En el cáos profundo del combate,
Tales eran las únicas antorchas:

Cuya luz carmesí se derramaba,
Ora sobre ese grupo do se agolpan
Falanges y falanges de guerreros
De entrambos bandos, cuyas armas chocan;

Ora sobre los fosos do el combate
Es mas ardiente: (porque aquella obra,
El maderámen que debió dar paso
De una calzada á la calzada otra,

Adherido á los bordes del primero
Por el enorme peso que soporta,
Ningun poder humano, parecia,
Poder levar su mole ponderosa).⁶⁷

Y en el seno profundo de las cavas
Entre el cieno los muertos y canoas,
Se peleaba á triunfo ó exterminio
A triunfo ó muerte, á muerte ó á victoria.

Así pasa un momento tras el otro,
Y una hora despues, y en pos la otra,
Hasta que, el estridor de la batalla
Llega al cielo,— y Diana cazadora,

Desgarrando las nubes que á su influjo
Precipitan los líquidos,— asoma
En medio del cereúleo firmamento
Su faz de nieve, en acto de curiosa.

--¡Qué horror! á los divinos resplandores
Que dan baños de plata á las alfombras
Que tapizan el valle con sus verdes
Esfumados sin fin, ó que laboran

En móviles dibujos los jardines
Que sobre el lago cristalino bogan!....
Qué horror! repito, un cuadro, todo en sangre
Sonriendo la Parca, desarrolla.

¿Mas dónde están los ínclitos varones,
Dó las armas, penachos y garzotas?
Dónde el fuego brillante de sus ojos,
Que relumbraba vívido en la sombra?

Dónde están los corceles, los cañones,
Las finas mallas, las templadas cotas,
Los mosquetes que ígneos fulminaban,
Las férreas lanzas, y las cruces rojas?

Dónde por fin las plumas y diademas,
Petos de oro y clavav onerosas,
Vitriosos macuáhuitls de obsidiana,
Pielas y plumas, pedrería y joyas?

.....

Todo desapareció; tan sólo queda
 El lago moribundo, cuyas ondas
 Arrastra apenas. . . . en la sangre tinto,
 Que su cristal, de carmesí colora.

Qué horror! y sobre el líquido sangriento,
 A su empuje tardío, errantes flotan
 Los lívidos, exánimes despojos
 De treinta mil guerreros, cuyas orlas

Plumajes y preciosos atavíos
 Lleva también la linfa sangrentosa!
 =De los profundos fosos se levantan
 Pirámides, oh espanto, aterradoras!

Porque estaban formadas de cadáveres,
 Lanzas, macanas, javelinas, hondas. . . .
 Y las mortales máquinas igníferas,
 Lejos del bronce las cureñas rotas.

Sentó en aquellos la sangrienta planta
 La falange de infantes española;
 Su pecho heroico hollaron los corceles,
 Sus huesos quebrantó la mole broncea.

Mas ah! ¡cuánto costara á la codicia
 Tanta sangre vertida tan preciosa!
 Tantos héroes invictos. . . . cuyos nombres
 Brillaran indelebles en la Historia,

Si el astrónomo audaz enumerase
 Una á una las vívidas antorchas
 De esa que surca la cerúlea esfera
 Vía de leche! y yo llamara, zona

De infinitos diamantes, agrupados
 En dibujos de palmas y de rosas,
 Que á Dios ciñendo las talaes vestes,
 Cíngulo es digno á su imperial persona!

.....
 =Mirad: de mil quinientos españoles
 Y siete mil aliados, que ha seis horas
 Reforzaban la ibérica columna,
 Queda tan solo miserable tropa,

Que caminando con la frente mustia,
 Lenta la planta, la mirada torva,
 Y en manchas tintos de indeleble sangre,
 De los muertos, creyéranse las sombras! ⁶⁸

¡Dónde está el brio, dó la fortaleza,
 Dónde de fuego las terribles boeas,
 Dó quinientos ibéricos peones?
 Dó cuatro mil de la nacion traidora. . . .

Y setenta corceles belicosos,
 Piedras de estima y codiciadas joyas,
 Y el oro en planchas, el orgullo, el fasto
 Dicha, ilusiones, esperanzas, gloria?

Todo yace sepulto so la linfa,
Que las moles empuja y amontona,
Así igualando, muerte y existencia,
Miseria y oro, podredumbre y honra!

No de otra manera el cielo justo
Sepultó del Mar Rojo entre las ondas,
Las precitas falanges, con sus armas,
Carros y alhajas, vanidad y pompa.



El día pasa y muere: la falange,
Con sobrehumano esfuerzo, apenas logra
Medir veinte mil pasos de aquel sitio
Que "¡muerte!" dice á su febril memoria.

Cortés, Ordaz y el ágil Alvarado
Que debió á su pujanza prodigiosa,
Muerto el corcel, de aztecas circuido,
Salvar sobre su lanza un ancha fosa;

Estos caudillos, con Olid sangriento
Y el temerario Sandoval; no osan
Hablarse aún de la fatal catástrofe,
De planes nuevos, de baldon ni glorias....

Por su dicha las haces mexicanas
Contentas con su triunfo y la derrota,
Con sus trofeos, sus cautivos blancos,
(Víctimas desgraciadas que entre rosas

Deben dar sus entrañas palpitantes
Sobre las aras del Mexitl marmóreas),
Por su dicha, repito, no siguieron
El alcance: y las huestes españolas

Tras siete días de jornadas lentas,
El valle pisan, do se aduerme Otómpan.^{oo}
—Antes de descender, dés la eminencia,
En opuestas imágenes se engolfa

La mente del caudillo, recordando
Tan raros hechos, tan estrañas cosas:
Hácia el oriente, su adorada patria,
Y el mar por medio, en cuya adversa costa

Osó entregar sus naves á las llamas!....
Naves que fueran su salud ahora!....
Por la region del bóreas, las pirámides,
Monumentos soberbios, cuya historia

Ocultan ellas mismas bajo el peso
De sus eternas moles prodigiosas....
Sabiéndose tan solo: que la una
Fué el templo de *Tonátiuh*; y la otra

El palacio de *Meztli*, del primero
La dulce amiga, la adorada esposa:
El rey aquel en luces, fuego y oro;
Esta la reina en hielos, plata y sombras.

Teotihuacan, *mansion de las deidades*,
Vió estos templos aún en régia pompa.⁷⁰
—Una efigie del sol sobre el primero,
De oro y pedrería valiosa,

Se alzaba hácia el levante: sobre el otro
La luna en una lámina redonda
De plata bruñidísima lucia
Sus cambiantes de ópalos y conchas.

=Frente á frente con estos monumentos,
Cortés revuelve ideas á sus solas,
Acaso mas audaces que en Egipto
Concebirlas osó, bañado en gloria,

El Genio de la guerra, que á sus plantas
Encadenó cien reyes de la Europa;
De la nada exaltándose hasta el solio
Por sobre el oro vil de sus coronas....

Hácia el ocaso en fin, miró el caudillo
Una vez y otra aún, á la señora
Del Septentrion, Tenochtitlan triunfante
Sobre el agua flotando perezosa,

La frente altiva orlada de laureles,
La régia planta en la enflorada alfombra,
Y los flotantes huertos en su torno
Enviándola amorosos sus aromas.

Ménos distante, sobre el mismo lago;
¡Ya casi negra, ve una línea roja!....
En su éxtasis lúgubre: la mira
Que del sol al contacto se evapora,

Y que el vaho sangriento se levanta!
Despues se inviste una espantosa forma!
Millares y millares de guerreros,
Del mismo modo amenazantes brotan....

Y, quien el pecho muéstrale, doliente,
En do homicida bala abrió una boca,
Que paso dando á la caliente sangre,
Muere al soldado que en la linfa flota;

Quien ostenta su atlética estatura,
Marchando altivo sin pisar la onda;
Despues, tajada la cabeza, el tronco
Chorreando su sangre que borbota.

Ya no sufrió ver mas; y huyó la vista
De aquel teatro de cruentas sombras,
Que le echan en rostro, tántos crímenes
De sus traiciones y avaricia sórdida.